NEW LEFT REVIEW 153

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2025

ARTÍCULO

Zang Yongle — La reconfiguración de la hegemonía 7

ENTREVISTA

Roberto Schwarz — Polifonías políticas 29

ARTÍCULOS

Alyssa Battistoni — Situar la libertad 45

Aaron Benanav — Más allá del capitalismo—1 71

OBITUARIO

Comité editorial de la *NLR* — Michael Burawoy 143

ARTÍCULOS

Michael Burawoy — Palestina y Sudáfrica 147

Michael Levien — Un marxista sociológico 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Instituto República & Democracia

SUSCRÍBETE

tds traficantes de sueños

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA

ZHANG YONGLE

LA RECONFIGURACIÓN DE LA HEGEMONÍA

Modos de ganar de Fukuyama a Trump

Cien días después de la segunda toma de posesión de Trump, el filósofo político Francis Fukuyama publicó una crítica mordaz de su mandato. El hilo conductor de todas las políticas de Trump –«aranceles desmesurados e impredecibles», «despido ilegal de miles de empleados federales», «secuestro de personas en posesión de todos sus derechos en las calles y deportación a prisiones extranjeras», «ataques demoledores a universidades e instituciones de investigación académica»– había sido su «desprecio total por la ley y las normas». El desprecio de Trump por la legalidad –y su sed de venganza– significaban que «lo peor estaba por llegar»[1]. Para Fukuyama, Trump estaba tratando de consolidar el poder ejecutivo erosionando la independencia judicial, restringiendo la libertad de prensa y recortando las libertades civiles, piedras angulares de la democracia liberal, que había salido victoriosa en la década de 1990, aunque ahora se enfrentaba a nuevos retos.

Esto contrastaba radicalmente con el discurso triunfalista propagado por la Casa Blanca de Trump. La palabra clave aquí era «victoria». Consideremos estos titulares de la página *web* de la Casa Blanca: «Victorias del lunes por la mañana: llega el "efecto Trump"»; «50 VICTORIAS EN 50 DÍAS: el presidente Trump cumple con los estadounidenses»; «LAS VICTORIAS DE LA SEMANA 15: el centésimo día del presidente Trump marcado por más éxitos»; «las 50 victorias de la "Big Beautiful Bill"»; «El presidente Trump: "Nuestros soldados LUCHAN, LUCHAN, LUCHAN, Y GANAN,

[1] Francis Fukuyama, «100 Days of Ressentiment», *Persuasion*, 30 de abril de 2025.

GANAN, GANAN"»[2]. La palabra clave «victoria» es un eje central de la estrategia retórica de Trump, que retroactivamente enmarca cada revés político como un éxito. Estos titulares de la Casa Blanca provocaron una ola de burlas en las redes sociales chinas, donde Trump ha sido apodado desde hace tiempo con dos sobrenombres. Uno es Chuan Jianguo (川建国), que significa «Trump, el constructor de la nación», aunque la nación que está construyendo sin darse cuenta es China, no Estados Unidos. El otro es Dong Wang (懂王), o el Rey Sabelotodo. Ahora se está ganando una ulterior reputación al hilo de las bromas sobre su «triunnfalismo» (赢学). Pero Trump no es el único experto en este arte. En *The End of History and The Last Man*, Fukuyama elogió de forma celebérrima la democracia liberal como «el único competidor» todavía de pie en el ring tras el colapso de las demás ideologías[3]. Aunque su tono es casi siempre frío y mesurado, en esencia, la victoria por KO es también el paradigma de Fukuyama. Sus respectivos planteamientos constituyen manifestaciones dialécticas del discurso hegemónico estadounidense, aparentemente opuestos, pero en el fondo servidores de los mismos fines.

En cierto sentido, la pretensión de estar ganando es un requisito endógeno de la hegemonía. Tal y como la definió Gramsci, este modo de gobierno comprende tanto la coacción como el consentimiento. Una famosa crítica del planteamiento gramsciano teorizó su relación como análoga a la existente entre las reservas bancarias (poder duro) y el papel moneda (ideas circulantes) en un sistema financiero[4]. Esto plantea la cuestión de cómo la sensación de recompensa puede convertirse para sus partidarios en una u otra forma de beneficio a partir de esta coacción velada. El discurso de la victoria surge como una solución obvia. En la escena internacional, los artífices del dominio hegemónico tienden a basarse en una doble narrativa. En primer lugar, esta narración postula una dirección teleológica de la historia en la que el modelo social de la potencia dominante no solo es la mejor opción disponible, sino la que está destinada a ganar. En segundo lugar, y de forma concomitante, el

[2] Sitio web de la Casa Blanca, respectivamente, 3 de marzo, 10 de marzo, 2 de mayo, 3 de junio y 14 de junio de 2025.
[3] «La doble crisis del autoritarismo y la planificación central socialista ha dejado solo a un competidor en el ring como ideología de validez potencialmente universal: la democracia liberal, la doctrina de la libertad individual y la soberanía popular», Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992, p. 42; ed. cast.: *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, 1992.
[4] Perry Anderson, «The Antinomies of Antonio Gramsci», NLR I/100, noviembre-diciembre de 1976, p. 43; ed. cast.: *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Madrid, 2018.

alineamiento con la potencia hegemónica es la mejor manera de maximizar el éxito, mientras que los intentos de forjar alianzas alternativas están condenados al fracaso.

El dominio hegemónico debe recurrir intrínsecamente, por lo tanto, a un discurso construido en torno a los vencedores. Pero la narrativa diseñada para una potencia puede no ser adecuada para otra e incluso en el seno de una misma hegemonía, los cambios de gran envergadura que marcan una época pueden hacer que los paradigmas que antes eran eficaces queden ahora obsoletos. Fukuyama, señalado aquí como quizá el más sutil de los defensores analíticos de la democracia liberal, delata un profundo malestar sobre las perspectivas de su marca ideológica. Su choque con Trump suscita dos líneas de investigación. En primer lugar, ¿hasta qué punto es contingente el declive del paradigma de Fukuyama? ¿Podría recuperar su posición dominante? En segundo lugar, ¿qué nuevas problemáticas introduce el discurso de la victoria de Trump y qué implicaciones sistémicas podrían tener? Comenzaré, sin embargo, examinando el diagnóstico de Fukuyama sobre los dilemas de la democracia liberal y el significado de Trump como solución a los mismos.

Las deducciones ganadoras de la filosofía política

Fukuyama abordó por primera vez la cuestión de lo que podría representar Donald Trump ya en 1992. El actual presidente de Estados Unidos aparece mencionado dos veces en *The End of History and the Last Man*, donde Fukuyama expone su filosofía de la historia. El libro tiene su origen en un famoso ensayo de 1989, «The End of History?», publicado en *The National Interest*. En él, Fukuyama utilizaba la idea hegeliana de la búsqueda del reconocimiento como motor de la historia, interpretándola a través de la lente de Alexandre Kojève, cuya obra había estudiado con Allan Bloom en la Cornell University[5]. El siglo XX estaba llegando a su fin con «la victoria inapelable del liberalismo económico y político»,

[5] Nacido en Chicago en 1952, Fukuyama curso estudios clásicos en la Cornell University con Allan Bloom, quien fue el editor inglés de la *Introduction à la lecture de Hegel: Leçons sur la Phénoménologie de l'esprit* (1947), de Kojève, [*Introduction to the Reading of Hegel*, Ithaca (NY) 1969], siendo además antiguo alumno de Leo Strauss, que fue el interlocutor de Kojève en Chicago. Tras estudiar el posestructuralismo en Yale y en París, Fukuyama optó por doctorarse en ciencias políticas en Harvard, donde investigó la política soviética en Oriente Próximo de la mano de Samuel Huntington. Entre 1979 y 1989 trabajó como analista soviético en Rand para luego incorporarse al Departamento de Estado del primer gobierno de Bush concretamente en la división de planificación política. Bloom lo invitó a dar la

escribía. «El triunfo de Occidente, de la *idea* occidental», era evidente en el agotamiento de las alternativas sistémicas viables. El mundo estaba siendo testigo del «punto final de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal occidental como forma definitiva de gobierno humano». Siguiendo a Kojève, Fukuyama postuló que la institucionalización del reconocimiento mutuo por parte de la democracia liberal, a través de la igualdad de derechos y la ciudadanía, constituiría la resolución definitiva de la lucha por el reconocimiento, provocando así «el fin de la historia». Es fundamental señalar que este «fin» no denotaba un cese temporal, sino más bien la «meta» de las luchas por el reconocimiento a lo largo de la historia[6].

Esta intervención fue anterior a la concatenación de rupturas geopolíticas, que comenzó en el otoño de 1989 –la caída del Muro de Berlín, la «Revolución de Terciopelo» en Checoslovaquia, la disolución de la Unión Soviética–, que ni siquiera los círculos de inteligencia estadounidenses habían previsto. La victoria de Estados Unidos en la Guerra Fría pareció validar el pronóstico de Fukuyama en «The End of History?», catapultándolo a la prominencia intelectual. Tres años más tarde, en la muy revisada versión como libro, *The End of History and the Last Man*, Fukuyama reelaboró el argumento de la «lucha por el reconocimiento», remontándose a la psicología social de *La República* de Platón y a la hipótesis de Sócrates sobre la estructura tripartita del alma. Entre la «razón» (νοῦς) y el «apetito» (ἐπιθυμία) se encontraba la cualidad del *thymos* (θυμός), que Fukuyama tradujo como «espíritu» o «corazón». El *thymos*, en esta lectura, expresaba la necesidad de dar valor a las cosas, empezando por uno mismo, y de ahí la lucha por el reconocimiento[7].

Sin embargo, Fukuyama señalaba ahora que la institucionalización liberal-democrática podría crear nuevos problemas para la búsqueda del reconocimiento. Estos podrían surgir de impulsos igualitarios radicales (*isotimia*), insatisfechos con las desigualdades residuales de la

---

conferencia «The End of History?» en Chicago en febrero de 1989 y es posible que le pasara el artículo a Irving Kristol, editor de *The National Interest*.

[6] Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest*, verano de 1989. Al igual que Kojève, Fukuyama sugirió que este punto final liberal-democrático podría ser un arma de doble filo, a juzgar por su encarnación en los «Estados flácidos, prósperos, autocomplacientes, introvertidos y débiles de voluntad de la Europa occidental de la posguerra, cuyo proyecto heroico más grandioso había sido la creación del Mercado Común», pp. 3-5, 18.

[7] Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992, pp. 164-165.

división capitalista del trabajo, pero también de impulsos excesivos de superioridad (*megalotimia*). Aquí es donde se introdujeron las críticas proféticas de Fukuyama sobre Trump. La competencia por la riqueza y la fama podría proporcionar una salida productiva a las personalidades megalotímicas en el seno de las democracias liberales, señalaba *The End of History*, pero ambas también podrían seguir siendo objeto del resentimiento igualitario: «La pasión por el reconocimiento igualitario –*isotimia*– no disminuye necesariamente con el logro de una mayor igualdad *de facto* y abundancia material, sino que, de hecho, puede verse estimulada por ella». Como previó Tocqueville, el amor por la igualdad podría ser una pasión más profunda y duradera que el amor por la libertad. La «ostentación arrogante» de la «*megalotimia* desenfrenada» del magnate inmobiliario Trump, por ejemplo, era muy visible y podía provocar el resentimiento isotímico igualitario entre las masas[8].

Fukuyama también abordó el argumento de Nietzsche de que la exigencia de reconocimiento universal surgía de los débiles y mediocres y que el fin de la historia, con el triunfo de la democracia liberal, sería también la era de los «últimos hombres», que antepondrían su propia seguridad y comodidad y nunca lucharían por alcanzar nuevas metas. «Todos quieren lo mismo, todos son iguales; quien se siente diferente se interna voluntariamente en un manicomio», citó Fukuyama de *Así habló Zaratustra*, reconociendo la fuerza de la crítica. Pero, además del riesgo de convertirse en los últimos hombres, desprovistos de energía timótica, señaló que existía un peligro opuesto. Trump volvía a aparecer en el último capítulo de *The End of History*, donde Fukuyama argumentaba que «la ausencia de válvulas de escape regulares y constructivas para la *megalotimia*» en la democracia liberal podría conducir a «su resurgimiento posterior en una forma extrema y patológica». Uno podría convertirse en «un promotor inmobiliario como Donald Trump» o en «un político como George Bush», pero, a pesar de todo el reconocimiento que recibieran, el horizonte de posibilidades que definía sus vidas en última instancia no sería satisfactorio; las «reservas de idealismo» de la humanidad quedarían intactas[9]. Aquí Trump representaba el fracaso de la *megalotimia* en un contexto liberal-democrático y, por lo tanto, un riesgo paradigmático para el sistema.

---

[8] *Ibid.*, p 295.
[9] *Ibid.*, p. 328.

El análisis de Fukuyama sobre las pasiones humanas constituía el núcleo teórico de su discurso sobre la victoria contenido en *The End of History*, donde sostenía que el sistema liberal-democrático representado por Estados Unidos era el que más se acercaba a cumplir los criterios impuestos por Platón para que un régimen satisficiera las tres partes del alma –la razón, el apetito y el *thymos*, idealmente bajo la guía de la primera– y, por lo tanto, era el tipo político más legítimo[10]. *The End of History* se convirtió en un éxito de ventas mundial, pero su impacto fue paradójico. La minuciosa elaboración de Fukuyama de la tradición filosófica en la que se inscribía –Kant, Hegel, Kojève– no contribuyó a apaciguar la reacción filistea de la intelectualidad occidental, que en general descartó el «fin de la historia» como un disparate sin sentido. Al mismo tiempo, la cartografía cognitiva de Fukuyama contribuyó en gran medida a determinar una comprensión del mundo con la que esos mismos intelectuales estaban firmemente alineados.

Desde este punto de vista, el mundo se dividía entre Occidente y el resto: una zona «ilustrada» de países, que ya habían alcanzado la democracia liberal o, al menos, luchaban por alcanzarla y otras regiones que permanecían sumidas en la historia, negándose obstinadamente a la ilustración, o tal vez incapaces de alcanzarla. En este sentido más amplio, *The End of History* sirvió de apoyo ideológico a la narrativa de la hegemonía estadounidense sobre la victoria. Si bien los sistemas liberal-democráticos existentes podían ser imperfectos, la posibilidad de que las entidades políticas no occidentales desarrollaran arquitecturas políticas alternativas era impensable.

Los bastiones empiristas del «triunfalismo»

El éxito de *The End of History* impulsó a Fukuyama a los más altos niveles de la vida intelectual paraestatal estadounidense, lo cual le permitió desempeñar puestos prestigiosos en instituciones académicas de primer nivel (George Mason University, John Hopkins University, Stanford University), así como en Rand, el Departamento de Estado y el Banco Mundial, además de ocupar diversos puestos de dirección en una serie de revistas intelectuales de gran influencia: *The National Interest*, *The American Interest*, *American Purpose* y *Persuasion*. Su mayor implicación en los debates sobre política exterior estadounidense acarreó determinados

[10] Aunque la democracia liberal estadounidense había sustituido el *thymos* por el apetito en forma de adquisición económica, *ibid.*, p. 337.

cambios significativos en su filosofía política y la fortaleció con el añadido de conocimientos empíricos. Fukuyama, partidario acérrimo del cambio de régimen en Iraq desde 1997, se distanció de sus resultados[11]. No obstante, las ocupaciones militares estadounidenses de Afganistán e Iraq proporcionaron laboratorios vivos para experimentar sobre las diversas modalidades de construcción de estructuras estatales y Fukuyama se mostró muy interesado en extraer lecciones de ellas.

Estas ideas quedaron plasmadas en su tratado de 2004 *State-Building: Governance and World Order in the 21st Century* en el que sostenía que el fin de la Guerra Fría había dejado «un conjunto de Estados fallidos y débiles», que se extendía desde los Balcanes hasta el Cáucaso, pasando por Oriente Próximo y Asia Central[12]. En 1968 Huntington había teorizado en su obra *Political Order in Changing Societies* sobre la tutela estadounidense sobre los Estados latinoamericanos, africanos y del sudeste asiático, respaldando la «modernización autoritaria» o, de hecho, la dictadura militar cuando fuera necesario[13]. Fukuyama trató de actualizar los consejos de su maestro para el siglo XXI. Mientras Huntington distinguía entre «forma» y «grado» de gobierno, Fukuyama contraponía el «alcance de la actividad estatal» y la «fuerza del poder estatal». Lo que estaba en juego, argumentaba, era si las instituciones y los valores del Occidente liberal eran realmente universales o, como afirmaba ahora Huntington en *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World*

---

[11] Véase Francis Fukuyama, «The Neoconservative Moment», *The National Interest*, verano de 2004. En 1997 Fukuyama fue uno de los fundadores del Project for the New American Century, junto con Rumsfeld, Cheney, Wolfowitz, Podhoretz, Krauthammer y Jeb Bush, que postulaba «una política reaganiana de fuerza militar y claridad moral» para promover «la libertad política y económica» en el exterior. El Project for the New American Century insistió en la necesidad de una intervención militar estadounidense para derrocar a Sadam Husein y, en 2001, diez días después del 11-S, añadió a su exigencia de provocar un cambio de régimen en Iraq la de atacar a Hezbolá y a sus patrocinadores en Siria e Irán. En «The Neoconservative Moment», Fukuyama atacó a su antiguo compañero del Project for the New American Century, Charles Krauthammer, por importar a Estados Unidos la política de Israel, argumentando que no era del interés estadounidense irritar a una población árabe de más de mil millones de personas en Oriente Próximo. Véase también Perry Anderson, *American Foreign Policy and Its Thinkers*, Londres y Nueva York, 2015, pp. 237-253; ed. cast.: *Imperium et consilium: La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Madrid, 2014.

[12] Francis Fukuyama, *State-Building: Governance and World Order in the 21st Century*, Ithaca (NY), 2004, p. xix; ed. cast.: *La construcción del Estado: Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona, 2004.

[13] Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven (CT), 1968; ed. cast.: *El orden político en las sociedades en cambio*, Barcelona, 2004.

Order, simplemente una consecuencia de los hábitos culturales del norte de Europa[14].

Este cambio epistémico –tomar al Estado como objeto directo de estudio– marcó una nueva etapa en la evolución del pensamiento de Fukuyama; podríamos decir que pasó del discurso de la victoria 1.0 al 2.0. Este planteamiento culminó en la década de 2010 con la publicación de dos voluminosos libros, *The Origins of Political Order* (2011) y *Political Order and Political Decay* (2014), más deudores del estratega imperial Huntington que del teórico continental Bloom[15]. Si *The End of History* se basaba en deducciones político-filosóficas, la díada sobre el orden político representaba una transición hacia la historia comparada y la sociología política y se apoyaba en métodos más empíricos. Intelectualmente, el planteamiento era más tosco: la naturaleza humana se deducía ahora del comportamiento de los chimpancés, caracterizados por su sociabilidad basada en el parentesco y su capacidad para ejercer la violencia intraespecífica en lugar de rastrearlo en la búsqueda hegeliana del reconocimiento; el desarrollo de las formas políticas se trazaba de modo especular con la evolución darwiniana en lugar de con la dialéctica amo-esclavo.

La historia a largo plazo arroja una luz más contingente sobre el surgimiento del orden liberal-democrático moderno. Fukuyama se enfrentó a dos preguntas. En primer lugar, ¿cómo había surgido el Estado centralizado «impersonal», dada la propensión humana a favorecer a los parientes y amigos? La gran mayoría de las primeras formas políticas eran patrimoniales, en el sentido atribuido por Weber a este término, esto es, se hallaban estructuradas en torno al «gran hombre» y sus parientes. En segundo lugar, ¿hasta qué punto era estable, es decir, propenso a la regresión o a lo que Huntington había definido como «decadencia política»?[16]. Para explicar la tendencia de los gobiernos

---

[14] F. Fukuyama, *State-Building: Governance and World Order in the 21st Century*, cit., p. 3; Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, 1996; ed. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, 2015.

[15] Francis Fukuyama, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Nueva York, 2011 [ed. cast.: *Los orígenes del orden político: Desde los primates hasta la Revolución Francesa*, Barcelona, 2016]; Francis Fukuyama, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, Nueva York, 2014; ed. cast.: *Orden y decadencia de la política: Desde la Revolución Industrial hasta la globalización de la democracia*, Barcelona, 2016.

[16] Fukuyama explica que el proyecto *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy* tuvo dos fuentes, una intelec-

poscoloniales a colapsar, Huntington se basó en el marxismo contra el que luchaba, según el cual el desarrollo económico generaba nuevas fuerzas sociales, que desafiaban el orden político existente, y se propuso diseñar una política ganadora para el capitalismo dentro de ese orden. Si las elites gobernantes y sus instituciones eran lo suficientemente flexibles y receptivas, podrían fortalecer su propia posición incorporando al orden existente a estos nuevos grupos movilizados. La incapacidad de las elites y de las instituciones para adaptarse a las circunstancias cambiantes –su rigidez– era un signo de decadencia política[17].

Fukuyama tomó prestada la idea del crecimiento económico como motor de nuevas fuerzas sociales, que lucharían por la representación política y la utilizó como medida del florecimiento de la democracia liberal tras la Revolución Industrial. El Estado «impersonal» moderno dependía de una enorme concentración de poder para defender un territorio, mantener la paz y suministrar bienes públicos. Para evitar que ese poder degenerase en un orden personalista de nepotismo y corrupción, se precisaban normas vinculantes objeto de aplicación incluso a los más poderosos, lo que Fukuyama denomina el Estado de derecho. La rendición de cuentas ante las poblaciones recién movilizadas representaba otra restricción al poder estatal desmesurado, garantizando que se utilizara de manera controlada y consensuada. Los tres factores podían existir en diversas combinaciones: un Estado poderoso sin controles era una dictadura; un Estado débil, controlado por una multitud de fuerzas políticas subordinadas, sería ineficaz e inestable. «Por el contrario», escribió Fukuyama, «una democracia liberal políticamente desarrollada incluye los tres conjuntos de instituciones –el Estado, el Estado de derecho y la responsabilidad procedimental– articuladas en algún tipo de equilibrio». Dinamarca era el nombre de esa sociedad –«próspera, democrática, segura y bien gobernada»– y Fukuyama reformularía en broma la historia europea como un proceso asincrónico para «convertirse en Dinamarca»[18].

---

tual y otra empírica. La primera fue escribir el prólogo de la edición de 2006 de la obra de Huntington *Political Order in Changing Societies*, imbuida de sus conceptos de decadencia política y de las dimensiones analíticamente distintas de la modernización política, social y económica. La segunda fue su participación en un proyecto del Banco Mundial con los pueblos tribales de Melanesia, experiencia que le llevó a preguntarse cómo habían surgido formas de Estado impersonales en un mundo que en otro tiempo había sido universalmente tribal, F. Fukuyama, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, cit., p. 1.

[17] S. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, cit.

[18] F. Fukuyama, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, cit., p. 34; F. Fukuyama, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, cit., pp. 53, 707. «Getting to

El primer volumen, *The Origins of Political Order*, analizaba la aparición histórica de estos tres factores a escala mundial, desde la prehistoria hasta las Revoluciones americana y francesa[19]. El segundo, *Political Order and Political Decay*, trazaba la dinámica de su interacción desde principios del siglo XIX hasta la actualidad en Europa, América, Oriente Próximo, África y Asia, examinando los procesos de adaptabilidad y decadencia en curso. «Todos los órdenes políticos son propensos a la decadencia con el paso del tiempo», señaló Fukuyama[20]. Además de la rigidez institucional, identificó la regresión al personalismo –clientelismo, nepotismo– como la principal forma de decadencia política. Estados Unidos no era inmune a ello. Sus instituciones se consideraban irreformables, lo que daba lugar a un «equilibrio político disfuncional», una «vetocracia» en la que grupos de interés poderosos podían bloquear fácilmente cualquier cambio. Las reformas de la *Progressive Era* habían eliminado el antiguo régimen clientelar, pero este había sido sustituido por el sistema de los grupos de presión en el que el poder económico compraba influencia política. La constatación de que no existía ningún programa para solucionar ni la rigidez ni la corrupción evidenciaba que la decadencia era tanto intelectual como política[21].

Tras la crisis financiera de 2008, Fukuyama reconoció un profundo malestar liberal-democrático, no solo en Estados Unidos y en Europa, sino también en muchos de los antiguos Estados autoritarios, que habían constituido la «tercera ola» de la democracia. Sin embargo, ¿existía un modelo alternativo viable de prosperidad, legitimidad y estabilidad? A ojos de Fukuyama, China representaba el «reto más serio», dada su larga tradición de gobierno centralizado, pero limitado por la moral confuciana. Desde 1978 se había extendido un comportamiento basado en las normas y los ciudadanos podían demandar a los niveles inferiores del gobierno, pero aún estaba por ver si el régimen chino sería capaz de

---

Denmark» era originalmente el título de un artículo del Banco Mundial sobre desarrollo, p. 14.

[19] A diferencia de los relatos occidentales habituales, la historia del orden político escrita por Fukuyama no comienza con Mesopotamia o la antigua Grecia, sino con la aparición en China de una administración «moderna» –una burocracia permanente basada en el mérito y limitada por las normas confucianas– a partir de la agitación militar e intelectual de los siglos precedentes al 221 a. C., F. Fukuyama, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, cit., pp. 110-137.

[20] F. Fukuyama, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, cit., p. 47.

[21] *Ibid.*, pp. 47-48.

incorporar las demandas de reconocimiento y participación de las nuevas clases medias, que había generado la Era de las Reformas[22].

Mientras tanto, «para bien o para mal, no hay alternativa a un Estado moderno e impersonal como garante del orden y la seguridad y como fuente de los bienes públicos necesarios». Fukuyama concluyó que la democracia liberal no podía describirse como un universal político, ya que solo había surgido en los últimos doscientos años, pero tampoco era un mero reflejo de las preferencias culturales occidentales. Desde la revolución industrial, el equilibrio entre los tres pilares representados por la democracia liberal se había convertido en un requisito funcional para sostener la expansión económica y la eficiencia del mercado, que era un imperativo estructural. Esta era la narrativa de la victoria 2.0: matizada, empírica, pero aún «ganadora».

Síntomas de decadencia política

La victoria de Trump en las elecciones de 2016 supuso una tremenda conmoción para Fukuyama. En su respuesta, *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, restó de algún modo importancia al hecho, admitiendo solo que estaba «sorprendido» por el resultado y «preocupado por sus implicaciones para Estados Unidos y el mundo»[23]. Cuando señaló a Trump en *The End of History* como ejemplo –para bien y para mal– de la *megalotimia* bajo la democracia liberal, poco sospechaba que «entraría en política y sería elegido presidente». Pero, continuaba Fukuyama, el ascenso de Trump no era incompatible con su propio argumento general sobre «las amenazas potenciales para la democracia liberal y el problema central del *thymos* en una sociedad liberal»[24]. En el libro ahora mencionado, Fukuyama volvió a la exigencia de

---

[22] F. Fukuyama, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, cit., p. 473. En una entrevista realizada algunos años más tarde, expresó una opinión más matizada sobre la República Popular China: «La cuestión es si ese sistema es sostenible a largo plazo. Hay varias razones para pensar que no lo es, empezando por el reto de hacer frente a las enormes tensiones sociales, que han surgido como consecuencia de la modernización. Pero si China logra gestionar estas tensiones y se mantiene fuerte y estable durante otra generación, entonces creo que existe una alternativa real a la democracia liberal», Yoshikazu Kato, «A Conversation with Francis Fukuyama», Asia Global Institute, 25 de marzo de 2019.
[23] Francis Fukuyama, *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, Nueva York, 2018, p. i; ed. cast.: F. Fukuyama, *Identidad: La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, Barcelona, 2019.
[24] *Ibid.*, p. v.

reconocimiento, calificándola de «concepto maestro, que unifica gran parte de lo que está sucediendo en la política mundial actual». El *thymos* que contribuyó a provocar el «fin» liberal-democrático de la historia se había convertido ahora en un factor de desestabilización interna. La solución de Hegel, el reconocimiento universal, era la correcta; Fukuyama reconoció la necesidad de «volver a una comprensión más universal de la dignidad humana». Consideraba con gran inquietud el auge de la política identitaria «tribal» presente en todo el espectro político durante la década de 2010, aunque entendía que su emergencia era comprensible. El triunfo de la democracia liberal había coincidido con un periodo de creciente desigualdad y de cambios sociales disruptivos asociados a la globalización. La crisis de 2008 y sus consecuencias en Estados Unidos y en Europa –el rescate de los financieros a costa de las masas– habían dañado la reputación de la democracia liberal.

Pero, de acuerdo con *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, las reivindicaciones económicas se sentían con mayor intensidad, cuando un grupo también sufría la indignidad de ver frustrado su reconocimiento. Fue en este periodo cuando los afroamericanos se rebelaron contra los asesinatos policiales, las mujeres contra el acoso sexual, las personas trans contra la negación de sus derechos, las personas con menor nivel educativo contra las elites costeras estadounidenses y sus medios de comunicación dominantes, y los trabajadores nativos contra lo que consideraban inmigrantes privilegiados. El *thymos* también podía sentirse de forma vicaria: Fukuyama citó el ejemplo de la madre de Osama bin Laden, que encontró a su hijo de catorce años con lágrimas corriendo por su rostro, mientras veía en la televisión el trato que el ejército israelí daba a los palestinos[25].

Las normas liberales otorgaban un valor intrínseco al verdadero yo interior de cada persona, por encima y en contraposición al mundo social exterior, de una forma que las culturas tradicionales no hacían. Pero en la práctica, señaló Fukuyama, los mecanismos procedimentales de la democracia liberal solo ofrecían un reconocimiento formal –«mínimo»– a través del sufragio, las libertades individuales, etcétera. Toleraban las recompensas desiguales de la «sociedad de mercado»; no podían garantizar que los grupos históricamente marginados recibieran el mismo respeto y persistían muchos tipos de discriminación[26]. En estos aspec-

[25] *Ibid.*, pp. 4-5, 7.
[26] *Ibid.*, pp. 9-10.

tos, los problemas isotímicos se habían agravado con el triunfo de la democracia liberal. Además, la decadencia que se había apoderado del orden político estadounidense dejó a sus ciudadanos anhelando un líder que sacudiera la «vetocracia» –drenara el pantano– y volviera a dotar de funcionalidad al Estado. Trump había sido un producto de la decadencia política de la democracia liberal, que le ofreció la oportunidad de fusionar su *megalotimia* con la *isotimia* de las masas en el movimiento MAGA. Fukuyama comparó a Trump con César, Hitler y Perón: «Estas figuras se aferraron al resentimiento de la gente común, que sentía que su nación, su religión o su forma de vida estaban siendo menospreciadas»[27]. Esta síntesis de *megalotimia* e *isotimia* –el impulso de superioridad individual con exigencias igualitarias– proporcionaba la matriz explicativa del éxito de Trump.

El descontento en el interior del país

Tras el regreso de los Demócratas al poder en 2020 parecía que se había restablecido la normalidad liberal-democrática, pero Fukuyama estaba inquieto. En su siguiente libro, *Liberalism and Its Discontents*, reconoció que las vulnerabilidades cíclicas de la democracia liberal podrían poner en duda su permanencia, incluso en su bastión estadounidense. Fukuyama siempre había insistido en que el liberalismo y la democracia eran analíticamente distintos, respectivamente el segundo y el tercer pilar del orden político. Lo que estaba en juego en la década de 2020 no era una crisis de la democracia, sino del liberalismo mismo. Era poco probable que esta fuera fatal; aunque ahora pudiera parecer «una ideología vieja y gastada», el liberalismo había enfrentado ataques constantes desde que surgió como ideología viva a raíz de la Revolución francesa: los románticos lo habían atacado como una visión del mundo calculadora y estéril, los nacionalistas y los comunistas lo habían rechazado; pero había sobrevivido (y mutado) una y otra vez, hasta convertirse en «el principio organizador dominante de la política mundial» a finales del siglo XX[28].

En *Liberalism and Its Discontents*, Fukuyama diagnosticó que el problema era el de las buenas ideas llevadas al extremo. Los liberales tenían razón en general sobre la propiedad privada, pero el fundamentalismo de mercado del neoliberalismo, que reducía las cuestiones sociales a

---

[27] *Ibid.*, p. V.
[28] Francis Fukuyama, *Liberalism and Its Discontents*, Nueva York, 2022, pp. xii-xiii; ed. cast.: *El liberalismo y sus desencantados: Cómo defender y salvarguardar nuestras democracias liberales*, Barcelona, 2022.

cálculos de eficiencia, había provocado la polarización de la riqueza y exacerbado las desigualdades económicas. Los liberales habían enfatizado correctamente el valor de la autonomía personal, pero corrían el riesgo de promoverla por encima de todos los demás valores. Los progresistas que señalaban la persistencia de la discriminación racial y de género tenían razón al acusar a las sociedades liberales de no estar a la altura de sus propios ideales, pero insistir en los derechos de los grupos socavaba el universalismo del propio liberalismo. Al movilizar a los tribunales, a las universidades y a los principales medios de comunicación para promover su agenda, mientras marginaba las preocupaciones socioeconómicas más amplias, el «liberalismo *woke*» contribuyó a provocar una revuelta conservadora. El resentimiento de los votantes hacia el neoliberalismo y el liberalismo «*woke*» había contribuido a la victoria de Trump.

La solución para los descontentos del liberalismo, argumentaba Fukuyama, era cultivar un nuevo sentido de la intención pública y elevar la calidad del gobierno con el fin de restaurar la confianza en él. Las desigualdades no debían ser demasiado extremas; las protecciones sociales debían establecerse en un nivel sostenible. Las políticas públicas debían evitar el endurecimiento de las identidades grupales. Se debía respetar la autonomía individual, pero dentro de las normas aceptadas[29]. Su esperanza era que los Demócratas siguieran estas recetas. Si esto parecía una ilusión, el último recurso argumental de Fukuyama era que la democracia liberal seguía siendo preferible a cualquier alternativa existente. En un artículo de 2022, Fukuyama señaló que la gestión de Putin de la crisis de Ucrania demostraba una tendencia más amplia en la que los Estados autoritarios se deslizaban cada vez más hacia el gobierno de un solo hombre[30]. La guerra de Ucrania reavivó la pasión política de Fukuyama. Posicionándose en la vanguardia liberal-democrática, en la «lucha global» contra el autoritarismo, exhortó a los lectores de *The Atlantic* a luchar junto a los ucranianos: «Al resistir al imperialismo ruso, los ucranianos están demostrando las graves debilidades existentes en el núcleo de un Estado aparentemente fuerte. Los ucranianos entienden el verdadero valor de la libertad y están librando una batalla más amplia en nuestro nombre». El entusiasmo trajo de vuelta parte del

---

[29] *Ibid.*, p. 147-154.
[30] Francis Fukuyama, «More Proof That This Really Is the End of History», *The Atlantic*, 17 de octubre de 2022.

triunfalismo de su discurso de victoria 1.0, acompañado de la predicción de que Ucrania estaba a punto de reconquistar Crimea[31].

¿Un salvador o un síntoma?

La restauración liberal-democrática que Fukuyama había anhelado resultó efímera. En enero de 2025 Trump regresó a la Casa Blanca y revirtió drásticamente la política del gobierno de Biden respecto a Ucrania[32]. Esta crisis epistémica obligó a reconsiderar la situación. ¿Hasta qué punto era profundo el deterioro político de Estados Unidos? ¿Se trataba solo de dificultades temporales del punto final liberal-democrático de la historia o se estaba socavando desde dentro la premisa teleológica de la victoria, quizá fatalmente errónea? Las certezas de Fukuyama habían sido sacudidas por la segunda victoria de Trump tal y como quedó patente en su respuesta inusualmente emocional. En abril de 2025 arremetió contra Trump como ejemplo del *ressentiment* nietzscheano, que sufre de orgullo herido y miedo a su propia poquedad[33].

Si estas vacilaciones ponen de manifiesto la fragilidad de los marcos analíticos centrados en el *thymos*, también plantean una cuestión teórica: ¿una política del reconocimiento basada en la pasión constituye una agencia histórica *per se* o median fuerzas más profundas? En la estructura tripartita de Platón, el *thymos* puede actuar de forma independiente, pero a menudo sirve de intermediario, transmitiendo las influencias de la razón y del apetito. Si la pasión actúa como mediadora, debemos explorar las fuerzas que la impulsan, especialmente la relación entre *thymos* y *epithumia*. Esta es precisamente la misión de la economía política.

El fenómeno del ascenso de Trump plantea un desafío fundamental para los teóricos liberales. El marco explicativo de Fukuyama –que postula la

---

[31] *Ibid.*

[32] Fukuyama escribió un artículo furioso sobre la política de Trump hacia Ucrania, titulado «The ultímate betrayal», en el que argumentaba que el presidente no se estaba retirando al aislacionismo, sino que se había unido al bando de los enemigos de la democracia liberal. Aprovechando el curso de Stanford de promoción de la democracia para líderes ucranianos emergentes, en marcha desde 2013, concluyó con una indignación visceral: «No me digan que el pueblo estadounidense votó por un mundo así o por un país así el pasado noviembre. No prestaron atención y deben estar preparados para ver cómo su propio país y el mundo se transforman hasta lo irreconocibles», *Persuasion*, 20 de febrero de 2025.

[33] F. Fukuyama, «100 Days of Ressentiment», cit.

superioridad inherente de la democracia liberal, independientemente de sus problemas cotidianos, y atribuye los resultados electorales a pasiones populares mal encauzadas unidas a la ambición de las elites– intenta realizar un análisis sociopsicológico. Pero al conceptualizar los mercados como meros desahogos de la *megalotimia*, sin cuestionar las transformaciones estructurales del capitalismo, este planteamiento no logra explicar por qué multitud de votantes estadounidenses se percibían a sí mismos como víctimas a pesar del récord registrado en el crecimiento nominal del PIB, convirtiéndose en observadores desvinculados de la hegemonía global de Estados Unidos.

De hecho, el golpe más duro a la racha ganadora de la democracia liberal ha venido del propio capitalismo contemporáneo. Como Fukuyama reconoció tácitamente en *Political Order and Political Decay*, el desarrollo de las relaciones sociales capitalistas precedió a la aparición de un Estado federal eficaz en los Estados Unidos. El gobierno estadounidense siempre estuvo eficazmente al servicio del capital, canalizando enormes recursos hacia las grandes empresas y los grandes bancos; en otras palabras, Estados Unidos nunca llegó a ser como Dinamarca[34]. Durante la Guerra Fría el capital estadounidense se vio presionado para hacer concesiones a las masas a fin de impedir cualquier avance de la izquierda. Sin embargo, el colapso del bloque soviético provocó una complacencia arrogante entre los capitalistas estadounidenses y la clase gobernante, para la cual *The End of History* de Fukuyama proporcionó el sustrato teórico.

A medida que la amenaza comunista retrocedía, la búsqueda de mayores rendimientos en el extranjero por parte del capital contó con el respaldo total del gobierno estadounidense y su maquinaria imperial. El FMI y el Banco Mundial obligaron a los Estados a desregular, privatizar y eliminar todas las barreras interpuestas a los flujos de capital, lo cual constituyó un componente clave del «triunfo» del liberalismo. En el ámbito nacional, se desmantelaron sistemáticamente las restricciones del *New Deal*. Ante la exigencia de mayores dividendos por parte de los accionistas, las multinacionales recortaron costes trasladando la producción a mercados de trabajo más baratos en el extranjero, lo cual se vio facilitado por la expansión sin trabas del capital financiero y la hegemonía mundial del

[34] F. Fukuyama, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, cit., pp. 47-88. Como su maestro Huntington, Fukuyama ha evitado cuidadosamente el término «capitalismo» a lo largo de su carrera.

dólar, hechos que permitieron a Estados Unidos mantener un déficit comercial crónico, mediante la compra de bienes ensamblados en otros países y, al mismo tiempo, la atracción de sus ahorros en dólares. El sector industrial estadounidense se volvió todavía menos necesario para el capital estadounidense.

Estos cambios tuvieron profundos efectos socioestructurales. La disminución de la cuota de Estados Unidos en la producción industrial mundial supuso una importante transformación del modelo capitalista estadounidense. El «exitoso» programa comercial de Trump culpa a China de ser una extractora de riqueza, pero las fábricas de montaje de iPhone en China obtienen unos beneficios mínimos, mientras que los verdaderos beneficios los cosecha Apple Inc. Los beneficios obtenidos por las multinacionales estadounidenses no se convierten en ingresos fiscales para el gobierno de Estados Unidos y muy poco se destina a mejorar el nivel de vida de los ciudadanos estadounidenses de a pie. Mientras tanto, Fukuyama no se equivocaba al destacar que la predilección estadounidense por la política identitaria carece de un programa redistributivo coherente; en todo caso, su función objetiva ha servido para desviar la atención de la distribución desigual de los beneficios de la globalización entre las diferentes clases.

Así, el optimismo del «fin de la historia», que celebraba los efectos constrictivos de la democracia liberal sobre el poder estatal, ha conducido a la eliminación de todas las restricciones que pesaban sobre el capital. En su búsqueda de beneficios excesivos, un capitalismo desenfrenado abandonó a la clase obrera tradicional. Los estadounidenses, que sienten que la globalización perjudica sus intereses, pueden objetivamente haberse beneficiado más de ella que los trabajadores de China o del sudeste asiático, pero su sensación de privación relativa se transformó en energía política y Trump se convirtió en el portavoz elegido para expresar su descontento. En este sentido, el paradigma de Fukuyama contribuyó al ascenso de Trump como «consecuencia no deseada» de la historia.

Perspectivas del «triunfalismo»

Fundamentalmente, tanto Fukuyama como Trump quieren que Estados Unidos siga ganando. Sin embargo, Fukuyama basa este deseo en la «lucha global» por los principios liberal-democráticos, al tiempo que subestima los costes de tales compromisos. Él personifica el «globalismo» que

MAGA vilipendia: gastar los recursos estadounidenses en programas de construcción del Estado para promover la expansión de la democracia liberal y mantener el sistema liderado por Estados Unidos; presionar a las naciones que aún están «atrapadas en la historia» para que avancen hacia el fin que él ha especificado. Sin embargo, este compromiso hegemónico ha requerido unos fundamentos materiales formidables, que ahora están empezando a erosionarse.

La magnitud de la deuda soberana estadounidense es un indicio de la crisis. En 2024 la deuda federal había alcanzado los 34,5 billones de dólares, es decir, el 125 por 100 del PIB, y los pagos en concepto de intereses ascienden a 1 billón de dólares anuales, superando el gasto discrecional en defensa y acercándose al gasto de la Seguridad Social. Los tipos de interés persistentemente altos crean un efecto bola de nieve y reducen la capacidad de respuesta ante las crisis. El secretario del Departamento del Tesoro estadounidense ha tenido que tranquilizar a los mercados sobre la solvencia de la nueva deuda pública estadounidense de un modo que no tiene precedentes[35]. En última instancia, sin embargo, esto depende de la capacidad de una economía real sólida, que sirva de base imponible. Aunque las cifras nominales del PIB estadounidense siguen aumentando, su economía real incluye un sector industrial vaciado, unas infraestructuras en ruinas y un poder adquisitivo en declive. Estados Unidos se enfrenta a una competencia cada vez más intensa a medida que los países en vías de desarrollo ascienden en la cadena de valor, desafiando a sectores de alta gama como los semiconductores y la inteligencia artificial. Mientras tanto, el declive general de la industria pesada tiene implicaciones potencialmente graves para la capacidad militar estadounidense, que en última instancia depende de la industria naval estadounidense para actualizar la flota de la Marina y de la capacidad de producción de Boeing para hacer lo propio con la Fuerza Aérea.

Las políticas de Trump, por muy crudas que sean, responden a un problema real de sobreextensión hegemónica. Los ataques de Trump al «globalismo» parecen exagerados, pero reflejan quizá el hecho de que Estados Unidos ya no tiene la capacidad económica de sostener un sistema hegemónico global a cualquier precio. En algún momento será inevitable un cierto grado de repliegue estratégico a tenor del cual Estados Unidos optará por actuar en determinados ámbitos y en determinadas

[35] Myles McCormick, «Treasury Secretary Scott Bessent Insists the US Will "Never Default" on Its Debt», *Financial Times*, 1 de junio de 2025.

cuestiones y se abstendrá de hacerlo en otros, reduciendo, por ejemplo, el apoyo a Ucrania y exigiendo a los europeos que den un paso al frente, al tiempo que, por ejemplo obtiene de Kiev un acuerdo minero a cambio. Los tuits de Trump sobre la anexión de Groenlandia, por no hablar de Canadá y el Canal de Panamá, fueron ampliamente ridiculizados. Sin embargo, puede que haya un cálculo coherente del interés nacional detrás de su «nueva Doctrina Monroe», basado en consolidar el estatus de Estados Unidos como potencia hegemónica sobre sus tres océanos vecinos, sentando así las bases para una reconfiguración de la modalidad hegemónica estadounidense.

La misión de Trump de revitalizar el sector industrial constituye un reto formidable. El camino para lograrlo –la estrategia basada en aranceles para provocar indefectiblemente la reducción del déficit comercial y la repatriación del sector industrial– sigue estando oscurecido por contradicciones sistémicas. Se basa en tres premisas: en primer lugar, que los países exportadores no pueden superar su dependencia de los mercados estadounidenses; en segundo lugar, que los consumidores estadounidenses tolerarán la presión inflacionista; y, en tercer lugar, que las capacidades nacionales, entre las que destacan los ingenieros especializados, serán capaces de sostener el resurgimiento del sector industrial y la reintegración de la cadena de suministros. La negativa de China a ceder a las exigencias arancelarias de Trump ha puesto de manifiesto la asimetría de la relación: la dependencia estadounidense de los productos chinos supera la dependencia china de los mercados estadounidenses. Los incentivos federales pueden atraer inversiones en un primer momento en el sector industrial, pero persisten los obstáculos sistémicos: la volatilidad de las políticas, la fragmentación de los ecosistemas industriales y la escasez crónica de mano de obra tanto cualificada como adecuada para trabajar en las cadenas de montaje. El gobierno estadounidense no puede comprometerse a subvencionar el enorme aumento de los costes salariales, que supondría la relocalización real de la producción. En cualquier caso, a pesar de las tendencias proteccionistas del trumpismo, no hay una alternativa real al neoliberalismo. La *Big Beautiful Bill* marca el camino con desgravaciones fiscales para los ricos. Trump no está dispuesto ni es capaz de desafiar los mecanismos de distribución de la riqueza en Estados Unidos.

La indignación de Fukuyama ante la consolidación del poder de Trump mediante el socavamiento de normas fundamentales del «Estado de

derecho» –la independencia judicial, la libertad de prensa, las libertades civiles– no aborda el problema más profundo que el trumpismo plantea a su paradigma[36]. Trump ha logrado sacudir las rígidas instituciones políticas estadounidenses, fortalecer el poder ejecutivo y romper el estancamiento que aquejaba a Clinton, Obama, Bush y Biden. Pero lo ha hecho profundizando las tendencias patrimoniales del sistema a través de su comportamiento político netamente poco convencional y el descarado enriquecimiento de su familia. Además, al debilitar –de hecho, atacar– las normas del Estado liberal democrático, el segundo pilar de Fukuyama, tanto en el país como en el exterior, podría decirse que ha sido más receptivo a la presión popular, el tercer pilar, que los recientes gobiernos demócratas.

Hasta ahora, Trump ha logrado en gran medida alinear la política exterior estadounidense con las percepciones de quienes sienten que están perdiendo con la globalización. A través de una redefinición de los intereses estadounidenses centrada en la soberanía, ha recualificado activos anteriores del imperio estadounidense, como la USAID, como imposiciones externas. Las instituciones internacionales liberal-democráticas, construidas a lo largo de décadas, se han convertido en cargas prescindibles, a menos que aporten beneficios tangibles. Las concesiones económicas obtenidas de los aliados tradicionales, que reescribían por la fuerza sus planes de gasto interno, se reformulan como «victorias». La «repatrimonialización» de la política exterior de Trump, por utilizar el término de Fukuyama, se basa en la hipertrofia de la ventaja estadounidense sobre otros países a través de una diplomacia pública unipersonal, llevada a cabo en términos muy personalistas, mediante conversaciones cara a cara o andanadas en las redes sociales.

El discurso de victoria del trumpismo funciona como una confrontación permanente con el *statu quo* liberal-democrático de Estados Unidos: tirar los dados, quedarse con las «victorias» y restar importancia a las derrotas. Su algoritmo operativo amplifica sistemáticamente las ganancias marginales, mientras oculta los costes, ya sean los efectos inflacionistas o las incertidumbres sistémicas. Esta narrativa selectiva de la victoria se entrelaza con un culto a la personalidad cada vez mayor. Trump funciona como el nexo que conecta la totalidad de las facciones de su base dividida: los tradicionalistas republicanos, los ideólogos de la derecha tecnológica y el movimiento MAGA. Su persona se convierte así en la

[36] F. Fukuyama, «100 Days of Ressentiment», cit.

bandera simbólica de esta coalición intrínsecamente contradictoria, revelando cómo los cultos a la personalidad surgen no solo de la grandiosidad individual, sino de la lógica inherente a la política populista.

¿Eclipsará la narrativa de la victoria de Trump al liberalismo fukuyamiano o es más probable que este último experimente algún tipo de resurgimiento? La verdad tácita del paradigma del «fin de la historia» era que el triunfo de la democracia liberal dependía tanto del poder duro de Estados Unidos –crucial para imponer su victoria en la Guerra Fría– como de su atractivo ideológico. La teleología de Fukuyama sigue dependiendo de la primacía global de Estados Unidos. Sin embargo, el precio de su arquitectura hegemónica se está volviendo insostenible, lo cual obliga a una transformación estructural, respecto a la que Trump opera como agente provisional. Si Trump logra renovar los cimientos económicos de la hegemonía estadounidense y preservar sus estructuras institucionales, la noción del «fin de la historia» liberal-capitalista anglófono podría cobrar un nuevo impulso.

Por el contrario, su fracaso podría plantear la cuestión de si la hegemonía estadounidense puede perpetuar su estatus «ganador» bajo cualquiera de los dos paradigmas. Aunque se enfrenta a retos sistémicos reales, las respuestas de Trump han sido precipitadas y apresuradas, lo que constituye una apuesta política de alto riesgo. La repatrimonialización del gobierno ha sugerido imprevisibilidad más que fortaleza. Su mensaje principal es que los países deben valerse por sí mismos. En ese sentido, la apuesta de Trump podría acabar acelerando la multipolarización. Si es así, cabe esperar una proliferación de narrativas victoriosas, ya que Trump inspira a otras naciones a desarrollar sus propias marcas «ganadoras». En medio de tal bullicio de voces, tal vez un discurso al servicio de la clase trabajadora encuentre espacio para crecer.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:
http://traficantes.net/nlr/suscripcion
Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net